

# Bajo el nivel del mar

Luis Elizetxea

HIRIA

© Luis Elizetxea  
ISBN: 84-9797-157-4  
Deposito Legal: BI-928-06

Edición producida por:  
Hiria liburuak  
Portuetxe bidea, 51  
20018 SAN SEBASTIAN  
Tel.: (943) 224068  
Fax: (943) 224067

Diseño y maquetación: J. Aranburu  
Fotomecánica e impresión: [cuatroas@cuatroas.com](mailto:cuatroas@cuatroas.com)  
Printed in UE

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, grabarse o transmitirse en forma alguna, cualquiera que sea el método utilizado, sin autorización expresa por escrito de los titulares del Copyright.

# Bajo el nivel del mar

Luis Elizetxea

HIRIA



*Para Vir, Iker y Amaia*



Quiero aprovechar estas líneas para dar las gracias a todos aquellos que han empleado parte de su tiempo libre en leer este libro y en transmitirme sus impresiones. En especial a María, que lo ha hecho por partida doble, y a Alí, por la empatía demostrada durante meses. Asimismo, quiero recordar con gratitud y nostalgia a las personas que hicieron posible el campo de trabajo celebrado en Nimega en agosto de 1997. Sirva esta novela, en la que nadie excepto Weronika debe verse reflejado y cuya trama es absolutamente ficticia, como homenaje a todos ellos.

Finalmente, Gracias a mi madre.



## Indice

Puesta en escena .....	13
1. Ribeiro a bordo .....	15
2. El libro, la flor y el globo rojo .....	31
3. Una sonrisa limpia.....	49
4. La princesa despechada .....	63
5. El bailaor sui generis.....	73
6. Confidencias en el banco .....	89
7. Silencios, mentiras y una revelación .....	103
Pausa para reflexionar.....	113
8. Escaparate de sentimientos.....	117
9. Una sugerencia factible y otra envenenada.....	131
Pausa para matizar.....	143
10. Todos a una... contra uno.....	147
11. AC-DC.....	165
12. El reencuentro .....	183
13. La dama de la esquina del tablero.....	199
Pausa para gozar .....	213
14. Desnuda por fuera y por dentro .....	219
15. Causas Perdidas .....	233
16. Errores .....	249
17. Despojos reciclables .....	263
18. La llamada y la visita.....	281

19. Pólder .....	301
Pausa para claudicar .....	321
20. La rendición de Breda.....	325
21. Circunferencias.....	335
22. Amigos invisibles .....	353
23. Amigos imprevisibles.....	369
24. Bajo el nivel del mar.....	381
Títulos de crédito.....	393

## PUESTA EN ESCENA

Cuando uno pisa tierra extranjera con la relajación con que recorre el pasillo de su casa corre el riesgo de sufrir imprevistos, porque los mecanismos de alerta no se activan y se desatienden las novedades que depara cualquier país desconocido. Ya le ocurrió a un turista en Londres, que murió atropellado por un coche mientras cruzaba la calzada después de mirar a la izquierda y asegurarse de que no venía ningún vehículo. Y algo parecido estuvo a punto de pasarle a Samuel Freitas en Amsterdam, pero la suerte le acompañó y el tranvía decorado con graffitis de colores chillones se detuvo a un palmo de su cara súbitamente palidecida.

A la lividez facial le siguieron de inmediato varios efectos encadenados, y Samuel Freitas notó que los muslos se le hacían gelatina, las palmas se le empaparan de sudor y los pies se le anclaran al suelo como una estatua a su pedestal. Tan pavorosa estampa le convenció de que nunca recurriría al suicidio para solucionar sus problemas.

Por tanto, sobra decir que su presencia entre los dos rai-les que rajaban el asfalto era totalmente involuntaria; en concreto, se debía a un salto desesperado que le permitió esquivar una bicicleta conducida por un hombre rubio trajeado que sujetaba un maletín con la misma mano que pulsaba los botones de un teléfono móvil. No obstante, la culpa no la tuvo el

ciclista, sino el joven que en pleno carril bici contemplaba con más sorpresa que morbo el prolongado y apasionado beso de dos hombres enamorados.

Sujeto al firme, parecía que Samuel Freitas deseara retar al tranvía, cuando su verdadera intención era salir de allí cuanto antes y se sentía incapaz de hacerlo. Permaneció en esa posición hasta que los gritos del conductor y de los enojados viajeros le rescataron de la momentánea parálisis. Entonces dio un paso a la derecha, retirándose de la vía, y respiró entrecortado sobre la tierra más baja que jamás había pisado.

Hay muertes previsibles (un cáncer avanzado), repentinas (un infarto en mitad de la calle), silenciosas (el mismo infarto durante el sueño), vanidosas (una liposucción fallida), deseadas (la eutanasia), anacrónicas (la lapidación), intrascendentes (cualquiera del hemisferio sur), o anunciadas (consúltese la crónica de Gabriel García Márquez). La que Samuel Freitas había evitado podía calificarse de absurda. Fue la *no* muerte imprudente del extranjero ingenuo, o mejor, desprevenido, que no repara en las costumbres del país en el que recalca.

Pero el lector se preguntará qué pinto yo en todo este enredo, qué papel me han asignado en esta función y qué demonios me importa lo que no le terminó de ocurrir a aquel individuo. Por ahora, y a modo de avance, sólo diré que el incidente con el tranvía no fue más que el primero de los que le iban a acontecer a Samuel Freitas durante su estancia en Holanda. Y añadiré que hoy en día siento una inmensa alegría porque aquel atropello, al contrario de lo sucedido con el turista en Londres, no se consumó.

# 1. RIBEIRO A BORDO

El hecho de que yo narre esta historia no implica que dominara todas sus vertientes en el momento de producirse. Es más, la ignorancia de ciertos aspectos esenciales de la misma explica algunos de mis actos, sentimientos y opiniones, a veces no muy acertados, concernientes a los sucesos que me dispongo a referir a continuación.

Ocurrieron a mediados de agosto de 1997, en un día demasiado limpio y caluroso para tratarse del norte de Europa. Lady Di no sospechaba que moriría en un túnel próximo al Sena dos semanas después y yo tampoco sospechaba que la vida me cambiaría de forma radical por esas fechas. Respecto a Samuel Freitas, un personaje anónimo para la opinión pública y entonces un perfecto desconocido para mí, sentía que los bermudas vaqueros y la camiseta de tiras se le adherían al cuerpo como un percebe a su roca.

*Centraal Station* le quedaba a la espalda, igual que el largo viaje desde Barcelona, vía París, en un par de confortables trenes. Se tocó la perilla húmeda -bendito el momento en que decidió raparse el pelo al dos, a pesar de las reticencias estéticas de su madre, las mofas de su cuñado y la frontal oposición de su padre-, se ajustó las gafas de sol, y se notó extraño bajo aquella indumentaria e imbécil sobre un país de hábitos sociales y medios de transporte tan distintos. Era la primera vez que viajaba al extranjero, exceptuando excursio-

nes familiares de un día a Portugal, y aún continuaba bajo los efectos del percance milagrosamente evitado.

Concluido el plácido trayecto en ferrocarril, las imágenes familiares en la estación de Sants ya no eran sino un recuerdo reciente; él mirando por la ventanilla cómo se empequeñecían sus parientes plantados en el andén con la media sonrisa imbécil de quien no sabe muy bien cuál es el gesto más adecuado para decir adiós. Ten cuidado, le había dicho su madre, tan protectora como todas las madres; aprovecha esta ocasión para madurar, le había comentado su padre, viéndose reflejado en su hijo sediento de nuevas experiencias; ánimo y a la vuelta ya me contarás cómo es Holanda, para cuando vaya yo en octubre, le había referido su cuñado Jaume. Suerte y disfruta las vacaciones, que te les has ganado, le había transmitido su hermana Carmen justo antes de montar definitivamente en el tren.

De pronto, Samuel escuchó sonidos de viento y percusión en el exterior de la estación central. Alzó la vista y observó frente a él a cinco rastafaris golpeando con maestría un par de timbales y descargando sus pómulos inflados en la boquilla de una trompeta, un trombón de varas y un saxofón. La imagen le difuminó el malestar que aún le perduraba en el estómago por culpa de la bicicleta y el tranvía. Los cinco negros sonreían mostrando dentaduras de anuncio, agitaban sus tirabuzones al compás de las notas y acompañaban con el cuerpo el ritmo vacilón de la música, una versión acelerada del *Legalize it* de Peter Tosh. Mientras, un niño también negro enfundado en un peto raído pasaba entre el público una gorra de lana roja, verde y amarilla.

—¡Unas monedas, por favor! —suplicó con estudiada voz compasiva.

Samuel Freitas dudó un instante, exactamente hasta que los gruesos morritos del pequeño se apretaron en un gesto conmovedor e ineludible. Alargó el brazo al bolsillo lateral de la mochila en busca de unos florines con que obsequiar a la banda y se sobresaltó; en lugar del frío metal de la cremallera tocó una mano tierna y suave. Se giró con rapidez y advirtió la presencia de un adolescente de rasgos orientales que demostró experiencia y reflejos para huir antes de que Samuel le echara el guante.

—¡Ven aquí, ladrón! —gritó impotente.

Empujado por el instinto natural de recuperar lo propio, corrió unos metros tras él. Sin embargo, el peso de la mochila y del susto reciente le disuadió de perseguir al muchacho entre las bicicletas y los tranvías que circulaban por la ciudad. Se detuvo y, tras confirmar que la cartera ya no seguía en su sitio, decidió que ya era hora de dejar de tentar al azar y que había llegado el momento de encontrar a un viejo paisano dispuesto a suavizarle el exilio temporal en uno de los botes del puerto de Amsterdam. Además, seguramente le ofrecería un buen trago con que refrescar la garganta y espabilar el cerebro de tanto despiste. Antes de emprender la marcha, Samuel se cercioró de que el ladrón sólo se había apoderado del monedero donde guardaba el dinero. La documentación y los billetes del tren seguían a salvo en otro bolsillo.

Visto lo visto, caminó cauteloso por el paseo que circundaba el puerto, inseguro por ser peatón en aquella urbe presidida por las dos ruedas, y de vez en cuando se giró temeroso de que una bicicleta le empitonase por la espalda. Y lo curioso era que Samuel, un gallego emigrado a Cataluña, amaba el ciclismo y lo practicaba los fines de semana en las afueras de Barcelona, pero recelaba de la saturación de la capital holandesa o, probablemente fuera esto segundo, de la impericia del novato en tierra hostil.

Cuando la marcha tranquila junto al mar le serenó y sus pasos sobre suelo extranjero se afirmaron, aspiró muy fuerte y olió a salitre mezclado con gasóleo. En un primer momento se desilusionó, como si esperase que el mar holandés desprendiera una fragancia aromática, aunque una lectura positiva del hecho le repuso; al fin y al cabo, pensó, aquello se asemejaba a un paseo por el Maremágnum, así que se podía sentir como en casa. El nerviosismo ante lo desconocido se desvanecía gradualmente y la inestabilidad emocional accionada por la soledad disminuiría en el momento en que encontrase un barco verde y amarillo amarrado en el muelle.

La visión del embarcadero con los botes alineados le evocó a Samuel el recuerdo de Bernabé. ¿Seguiría frustrado y deprimido diez años después de encallar en la costa coruñesa? ¿Continuaría culpándose de enviar a *El Torre de Hércules* contra las rocas y de la muerte de dos compañeros? El pesquero no volvió a navegar y Bernabé tampoco -bastante hizo el viejo con no quedar ¡enterrado?! en el mar para el resto de sus días-. Aquel temporal obligó a jubilarse a un hombre que se resistía al destierro en tierra firme. Y acostumbrado como estaba a la perspectiva opuesta, le resultó imposible ver el mar desde tierra y matar las horas en el bar del puerto. De modo que un buen día desapareció sin dejar rastro, y sólo la correspondencia que esporádicamente mantenía con el padre de Samuel permitía seguirle la pista. En concreto, en su última carta el viejo afirmaba sentirse útil y ocupado gracias a un negocio de breves y placenteros cruceros por las aguas que mojan Amsterdam y sus alrededores.

Las últimas hileras de botes amarrados al embarcadero quedaban ya a la vista, justo delante del Museo Marítimo. El edificio resultaba espectacular, majestuosamente protegido por una réplica de la nave *Amsterdam*, sobria embarcación del siglo XVII destinada a enlazar comercialmente Holanda e

Indonesia. Samuel Freitas dirigió la mirada en aquella dirección y reconoció a lo lejos una bandera blanca con una franja diagonal de color celeste en la popa de un barco verde y amarillo. No podía ser de otro modo. Un lobo de mar criado en Finisterre tenía que residir en el último bote del embarcadero, solitario y clandestino.

Desde la distancia el navío parecía alargado y aplastado. No tenía nada que ver con los pesqueros ni con los mercantes gallegos que reciben los embates del océano, aunque con esa estructura daría resultado mareando guiris en las aguas tranquilas de la Costa Brava. Samuel Freitas se acercó hasta el barco con la rapidez que le permitían el cansancio acumulado y la mochila repleta de ropa y enseres para diez días. Tardó un par de minutos en alcanzar el lugar, y a simple vista lo juzgó bello por novedoso. De diseño insólito pero hermoso, y acorde con el resto de embarcaciones. En estribor lucían tres inmensas letras rojas pintadas con brocha gorda, *BER*, y junto a ellas, entre paréntesis y en grafía más pequeña, se podía leer (*para crear*). Sobre la cubierta, dos mástiles unidos por una cuerda hacían las veces de tenderete. Un sostén negro, dos bermudas estampadas, cuatro camisetas de tirantes y un par de calcetines de rombos formaban un cuadro demasiado atrevido para un jubilado soltero. El bote debía de ser un albergue flotante y entre los ocupantes se alojaba al menos una mujer.

—¿Vive alguien? —gritó Samuel con la esperanza de escuchar un idioma conocido.

Pasaron unos segundos y una pareja joven apareció en cubierta. Saludaron en inglés y se dirigieron a las tumbonas de proa para tomar el sol. Los acompañaba un hombre grueso de incipiente barba blanca (o quizá no fueran más que los pelos dispersos crecidos en varios días perezosos) y rostro curtido por los golpes del mar y de la vida. Rondaría los

sesenta, vestía camiseta de tiras amarilla, pantalón corto fucsia y sandalias de cuero sobre calcetines color beige. Sólo la gorra de marino le otorgaba cierta distinción y armonía con el entorno.

—¡Rapaz! ¡Cómo has crecido, carallo! —saludó exultante, y en un ágil salto sustituyó la madera de cubierta por las tablas del embarcadero-. ¡Venga ese abrazo!

—Buenas tardes, Bernabé —Samuel titubeó un instante antes de continuar-. No esperaba encontrarle así... vestido.

—Hacía diez años que nadie me llamaba por mi nombre ni me trataba de usted —el viejo rió con ganas. Luego suspiró, como si hubiera pasado demasiado tiempo, y concluyó con firmeza, huyendo de sentimentalismos-. Así que vete cambiando las costumbres.

—¿Y cómo te llaman?

—Ya veo que no has leído el nombre del barco —le reprochó Bernabé.

—BER..., para creer. Ahora comprendo —Samuel se lamentó de su torpeza-. ¿Y se... y te dejas llamar Ber?

—¡Qué remedio! Aquí todas las personas se reducen a monosílabos. Así nunca se olvidan del nombre y tardan menos en decirte las cosas.

Samuel no parecía muy convencido, máxime cuando él podría convertirse en la siguiente víctima de aquella curiosa costumbre por abreviar.

—No sé qué decirte... -dudó-. Ese nombre, esa ropa, esa pareja de extranjeros ahí tumbada. No esperaba encontrarte así. Si te viera mi padre pensaría que has olvidado todo aquello.

—¿Y la bandera? —la pregunta de Bernabé era más un reto que una duda.

—Sí, es cierto —admitió el joven.

—¿Y esto? —dijo señalándose el corazón-. Tampoco llevabas tú esa pinta de hippy cuando me despedí de ti. Y seguro que tu padre también ha cambiado desde que vivís en Barcelona...; lo mismo se ha hecho del Barça.

Samuel esta vez no respondió y volvió a reprocharse el segundo desliz en menos de un minuto.

—Venga, olvídale y entremos. Estoy deseando que me cuentes cosas de tu familia —Bernabé rodeó con su fornido brazo los hombros de Samuel en un signo de confianza-. Después de diez años sin vernos no voy a empezar a discutir con un *catalán*.

—Gallego emigrado a Cataluña —aclaró Samuel recordando seguridad en el tono.

—De acuerdo —apacigüó el viejo, orgulloso de la reacción inmediata de su visitante-. Brindemos ahí dentro con un poco de ribeiro y comprobemos quién ha perdido las raíces.

El barco, tal y como había imaginado Samuel, era una posada sobre el mar. El interior constaba de dos zonas bien diferenciadas: un amplio comedor y seis camarotes con capacidad para treinta personas. En el comedor había seis mesas de madera colocadas en dos hileras y de las paredes, revestidas del mismo material y salpicadas por algunos ojos de buey cubiertos con elegantes visillos bordados a mano, colgaban láminas con imágenes de los siete mares y diversos aparejos náuticos, entre los que resaltaba por romper la homogeneidad estética un timón de pésimo aspecto.

—¿No crees que deberías cuidar un poco algunos recuerdos? —apuntó Samuel, acomodándose en uno de los bancos-. Me encanta cómo has decorado el comedor, pero eso da muy mala impresión.

—*Eso es el timón de El Torre de Hércules* —Bernabé lo dijo muy bajo, pretendiendo ocultar el quiebro en la voz, aunque el pulso no pudo controlarlo y su mano tembló lo sufi-

ciente como para que unas gotas de ribeiro cayeran fuera del vaso de su invitado.

—Lo siento —Samuel sorbió un poco del líquido con el fin de mitigar el silencio provocado por el inoportuno comentario y dar un giro a la charla-. Está exquisito.

—Gracias —dijo Bernabé levantando su vaso en gesto de bienvenida-. Es un regalo de un compañero que estuvo en invierno de vacaciones. Tenía curiosidad por ver a la gente patinar sobre los canales helados.

—Yo también te he traído algo —Samuel abrió un compartimento lateral de la mochila y sacó un par de latas de conserva.

—¡Pulpo! —exclamó Bernabé alegrando el gesto-. ¡Joder qué merienda nos vamos a dar! Ya veo que tu padre te ha enseñado lo que es bueno.

—Me dijo que te sentirías un poco solo y que esto te animaría.

—No estoy tan mal —dijo el marino apurando la bebida de un trago-. El tiempo lo cura todo y entre vivir allí sin navegar o tener aquí un pequeño bote...

—En tu última carta hablabas de un negocio relacionado con el barco —Samuel abrió una de las latas y vació el contenido en dos platos de manera desigual. Bernabé captó la cortesía y pinchó en el más lleno.

—Así es —dijo el marino con el primer bocado dificultándole el habla-. Enseguida me di cuenta de lo importante que es el mar para este país, en gran medida porque tiene que luchar contra él. Encontré una buena oferta y compré este barco con los ahorros que me quedaban. Mi idea era convertirlo en un hogar y recluirme en él hasta el fin, como quien entra en una residencia de ancianos sabiendo que nunca saldrá de allí. Pero al poco me dije que después de toda una vida viviendo seis meses del año en un pesquero

sería incapaz de dormirme sin la compañía de un balanceo. Con el tiempo, y en vista de la cantidad de turistas que vienen a Amsterdam, me surgió por aquí dentro –se señaló con el índice la tripa ostentosa- el afán emprendedor y decidí convertir el bote en un pequeño hostel flotante y ganar así algo de dinero. El negocio no me ha ido mal y el boca a boca atrae a bastante gente. La mayoría son jóvenes mochileros como tú y algunos vienen de España. Es un buen método para seguir informado de lo que pasa por allí.

—¿Y cuando no hay turistas? –preguntó Samuel con el jugo del pulpo goteándole por la barbilla.

—Hago pequeños viajes con escolares. En los colegios están muy interesados en que los alumnos conozcan el mar de cerca. Navegamos durante una semana por los alrededores de Amsterdam y aprovecho para contarles a los críos los secretos del mar.

—Eso quiere decir que controlas el holandés... –se sorprendió Samuel-. Mi padre no se va a creer nada de esto cuando se lo cuente.

—Me defiendo, y aquí todo el mundo habla inglés. Además, ya sabes que en alta mar el marinero novato se esfuerza por entender al capitán.

Bernabé conversaba emocionado sobre su nueva vida, radiante por haberla sabido encauzar a edad avanzada. Los ojos le brillaban al hablar de sí mismo y los movimientos de las manos puntualizaban los detalles del relato. Además, el ribeiro y el pulpo contribuían a avivar una lengua habitualmente menos elocuente.

—Bueno, chaval –el marino se irguió un poco para eructar con discreción-. Ya he hablado bastante de mí. ¿Y a ti qué te trae por aquí?

—Las vacaciones.

En vista del laconismo del joven, Bernabé le sirvió otro vaso y le miró exigiendo una explicación más prolija.

—Las vacaciones de estudiante son largas y he decidido pasar diez días en un campo de trabajo.

—¿Vas a pasar tus vacaciones trabajando? —preguntó Bernabé incrédulo.

—Y pagando por trabajar.

—Ya decía yo que detrás de esas pintas no podías esconder nada normal —el viejo remojó de nuevo el gaznate para ver si el alcohol le ayudaba a entender todo aquello.

—Pagas una cantidad simbólica, unas diez mil pesetas por semana y media, a cambio de alojamiento y comida. Tú trabajas por la cara junto a otros jóvenes europeos en un proyecto con fines sociales, te relacionas con ellos, practicas el inglés y realizas una labor solidaria.

—Eso suena a campaña de ONG —Bernabé lo dijo como si la moda de la solidaridad no le convenciese.

—Eso suena a buenos sentimientos —Samuel respondió con rapidez, algo molesto con el comentario.

—Está bien, está bien... Parece que el alcohol te ablanda el corazón —Bernabé extendió los brazos con las palmas hacia abajo en busca de concordia-. O sea que vienes a trabajar sin ver un duro en lugar de largarte a la Costa Brava a ligarte extranjeras. No entiendo nada. Será el desfase generacional o que he pringado tanto en esta vida que ya no regalo ni los buenos días.

—Yo no lo veo así. Ya te he dicho que las vacaciones de estudiante dan para mucho.

—A propósito... —Bernabé masticaba el último trozo de pulpo con la misma ansia que el primero-. Aún no me has dicho qué estudias.

—Soy licenciado en Derecho y estoy terminando Educación Social.

—Lo segundo no sé que es, pero tu padre estará orgulloso de que seas abogado —suspiró Bernabé—. Siempre quiso que no te echaras a la mar y estudiaras una carrera.

—Eso dice, sí —Samuel trató de sonar humilde.

—Brindemos por él y por tu futuro..., aunque tendrás que cambiar de uniforme para conseguir algún cliente —el viejo socarrón golpeó con la mano libre y entre risas el hombro de Samuel en señal de fraternidad, y éste estuvo a punto de caer del banco.

—Pues a ti parece que te va bien con el de marino hortera —respondió Samuel recobrando la postura y alzando el vaso sin arrugarse.

Brindaron con el ímpetu de dos amigos que llevan tiempo sin verse y con la nostalgia de dos paisanos que recrean en el exilio las costumbres de su tierra, por mucho que éste fuera efímero en un caso y voluntario en el otro. Rieron y charlaron un buen rato, ganando confianza a medida que descendía el nivel de la botella. La luz que filtraban los ojos de buey se anaranjaba paulatinamente y los dos gallegos olvidaron por un momento que se encontraban a cientos de kilómetros de su esquina peninsular. Los temas a floraban sobre la mesa a demasiada velocidad como para ser tratados con la debida precisión, pero la conversación fluctuaba básicamente entre los avatares de la familia de Samuel y el recuerdo de las historias marineras varadas para siempre en el cerebro de Bernabé, dispuestas a reflotar en situaciones propicias como la presente.

La charla habría proseguido hasta el anochecer, o quizá hasta el amanecer si las reservas de la bodega lo hubieran permitido y la pareja de turistas no hubiera regresado de cubierta con la piel colorada y ganas de cenar. Los dos cuerpos abrasados se dirigieron a los camarotes a darse una ducha y vaciar el *aftersun*, en tanto que Bernabé, puesto en pie en

señal de deferencia hacia el cliente, les prometió que tendrían la mesa lista en un cuarto de hora.

—¡Quédate a cenar con nosotros! —propuso el marino inesperadamente-. Y si quieres también a dormir. Hay sitio de sobra.

—Gracias, pero no puedo —Samuel se incorporó y apretó el hombro del viejo en señal de gratitud y para no caer al suelo; de pie, el efecto del ribeiro aparecía con descaro-. Esta noche me esperan en el campo de trabajo y tengo que coger el último tren a Nimega.

—¡Te vas hasta Nimega! —Bernabé lanzó un silbido antes de continuar-. Eso está bastante lejos.

—¿Qué quiere decir bastante lejos? Tengo que llegar allí antes de las doce —Samuel miró su reloj de pulsera y empezó a preocuparse.

—Tranquilo. Las distancias en Holanda no son las de España, aunque Nimega está al lado de Alemania. Hay algo más de cien kilómetros desde aquí. No deberías perder más tiempo. Además, me temo que te costará un rato volver a la estación —Bernabé sonrió al comprobar la frágil estabilidad del joven.

—Pues me largo.

Samuel se puso la mochila sobre los hombros y sintió que el peso le vencía. Demasiada carga, demasiada prisa, demasiado alcohol...

—Por cierto, Bernabé, casi lo olvido —Samuel recuperó de su confuso cerebro un desagradable pasaje-. ¿Podrías dejarme algo de dinero? Un crío me ha robado esta tarde la cartera al salir de la estación.

—Mientras escuchabas a un grupo de negros... —apostilló el marino entre risas.

—Sí —respondió Samuel sorprendido-. Pero no me hace ninguna gracia. Llevaba bastante pasta y ahora tendré que esperar a que me manden algo desde casa.

—...cuando un chaval pasaba una gorra de lana —Bernabé proseguía su discurso con retintín-. Todos compinchados. No me extraña que hayan ido a por ti, con esa pinta de guiri despistado.

—No empecemos de nuevo —Samuel no tenía ni ganas ni lucidez para discutir sobre ese tema-. Sólo te pido unos florines para salir del paso. En unos días te los devolveré, cuando vuelva a Amsterdam de regreso a casa.

—No te preocupes por eso —Bernabé recuperó la seriedad y se mostró comprensivo-. Te daré el dinero que necesites con la condición de que me hagas una visita antes de volver a Barcelona.

—Gracias otra vez —Samuel se fundió en un abrazo con el amigo de su padre, que ya podía considerar propio-. Y ahora me voy antes de que tenga que pedirte también un camarote.

—Está bien, pero después de darle a la lengua toda la tarde te vas sin contarme qué coño vas a hacer en Nimega a cambio de nada.

—Ahora no tengo tiempo —se lamentó Samuel desde las escaleras que llevaban a cubierta-. Prometo hacerlo a la vuelta, con información de primera mano y sin el dolor de cabeza que tengo ahora. Sólo sé que es un centro de ayuda a jóvenes con problemas familiares, pequeños delincuentes, *homeless* y gente así.

Bernabé frunció el ceño pensativo, como si las palabras de Samuel tuvieran relación con algo que él conociera y ambas ideas no acabaran de ensamblar.

—Jóvenes con problemas, delincuentes, sin techo... —el viejo marino repetía con lentitud, sin dejar de pensar en la

posible conexión-. ¿Y no hay gente que haya andado con drogas? –dijo al fin-. En Nimega hay un centro de rehabilitación muy prestigioso.

—¿Drogas? –Samuel se giró hacia el interior del comedor en un hábil gesto de piernas, como si las secuelas de la bebida habrían remitido de golpe. La pregunta portaba tristeza y curiosidad, ambas impelidas por un par de razones suficientemente poderosas como para que la mención de Bernabé atrajera su atención-. A mí nadie me ha hablado de eso. ¿No te confundirás con otro lugar?

—Me extraña que haya dos centros tan parecidos en la misma ciudad. Si no os han comentado lo de la droga será por precaución y para que no os echarais para atrás a la hora de apuntaros. En Holanda no es un tema tabú, pero en el resto de Europa las cosas son diferentes. Y en Galicia ni te digo. ¡Qué te voy a contar yo a ti que tú no sepas!

—¿Y hasta ahora no se te ha ocurrido decirme eso? –protestó Samuel con una carga de rabia desproporcionada.

—No me lo has preguntado –se defendió Bernabé-. Y he sido yo quien ha vuelto a sacar el tema del campo de trabajo.

—Tienes razón, perdona –Samuel se agarró con las manos la cabeza y se la agitó para desprenderse de la ofuscación que de nuevo le visitaba. Después se descolgó la mochila y suplicó-. Por favor, cuéntame todo lo que sepas sobre ese sitio. Estoy preparando el proyecto de fin de carrera y necesito información sobre centros de reinserción.

—Así que no vas allí sólo de vacaciones...

—Sí, sólo que he elegido un lugar de vacaciones que me permita seguir con el proyecto.

—Joder con el jovencito solidario...

Samuel hizo como que no oyó la carcajada del marinero, revestida de cariñoso reproche.

—Por Dios, Bernabé. Es importante para mi futuro, me estoy jugando un puesto de trabajo. Me harías un gran favor si me pusieras al corriente de lo que se cuece allí.

La irrupción en el comedor de dos individuos grotescos aplazó la charla. La pareja de ingleses chamuscados en la cubierta del barco apareció limpia, aseada, conjuntada con un vestuario que dañaba la retina y con la piel completamente blanca, producto de una primera e intensa mano de crema. Saludaron amablemente y ocuparon una de las mesas.

—El deber me llama, y pronto aparecerán los demás clientes —se disculpó Bernabé—. Coge la mochila otra vez y lárgate, o perderás el tren.

—Pero si no me has contado nada.

—Samuel —Bernabé sonó sincero y generoso, como el progenitor que guía a su hijo en un trance vital—. Te juro por los siete mares que sólo sé lo que te he dicho. Como mucho te puedo dar dos consejos.

—Hazlo.

—Uno, si tienes que pedir información en Nimega no te quedes únicamente con lo que te cuenten de manera oficial los responsables del centro. En este mundo todo el mundo oculta algo y no van a contarle a un extranjero desconocido qué problemas tienen. Y dos, hazte amigo de alguno de esos jóvenes destrozados que vas a conocer y gánate su confianza. Suele ser gente que necesita ser escuchada y si buscas los momentos te podrán contar cosas muy interesantes.

—Gracias —dijo Samuel mientras abrazaba al marinero. Y al juntarse las cabezas notó que su oreja se mojaba levemente con el líquido que brotaba sutil de los ojos de Bernabé; lágrimas saladas de marinero retirado que acaba de ejercer de padre sin haberlo sido nunca.

—Y ahora vete, que no quiero que los ingleses me vean llorar.